

¿Entre trabajadora municipal e investigadora?

Reflexiones sobre el trabajo de campo en un “universo de estudio próximo”

Introducción

Este trabajo es un producto de algunas reflexiones surgidas durante el proceso de construcción de mi trabajo de campo, que se desarrolló de manera simultánea a mi participación en el seminario “Alquimias etnográficas”. Me propongo aquí recorrer una serie de cuestiones que se fueron presentando en la construcción de mi *campo posible*¹.

El primer eje de reflexión tiene que ver con lo que Bourdieu denomina como la *objetivación participante*. Sin ánimos de agotar la propuesta del autor, trabajaré a partir de reflexiones ancladas en mi trayectoria personal y en los elementos que incidieron en la elección de mi tema de investigación: ¿Qué hay en la trastienda de mi elección del tema de estudio?

Luego me introduciré en mi trabajo de campo. Abordaré cuestiones que se vinculan a las primeras entrevistas con profesionales, vecinos y funcionarios. Atravesarán esas líneas las nociones de *viaje, distancias, cercanías, encuentros, asombro, reflexividad*. Por último, cerraré este trabajo retomando algunas de las tensiones relacionadas con la función del autor. La materia prima del mismo serán principalmente mis notas de campo, que plasman reflexiones espontáneas e inmediatas a partir de los encuentros con diversos sujetos de mi universo de análisis. Decidí estructurarlo en base a preguntas, que son ni más ni menos aquellas que me formulé mientras cursaba el seminario y que siguen vigentes hoy.

¿Por qué investigar este tema y no otro?

En la introducción de su libro “La muerte sin llanto”, Scheper Hughes se pregunta en qué se fundamenta su interés hacia su tema de estudio ¿Qué la captura? ¿Cuál es el elemento de continuidad entre su vida personal y su tema? Leer esos párrafos me habilitaron a pensar en la existencia de una conexión entre el tema de estudio y la vida personal del investigador:

¹A lo largo de este trabajo utilizaré las *itálicas* para referirme a conceptos teóricos, mientras que las comillas las dejaré para expresiones nativas e informales.

“(…) considero que no es ninguna coincidencia que la antropología me acabara llevando al Nordeste de Brasil y a esos verdeantes pero empalagosos campos de azúcar (...) En el acto de escribir la cultura lo que surge siempre es una inscripción de vidas humanas altamente subjetiva, parcial y fragmentaria –pero también profundamente sentida y personal– que se basa en un testimonio visual y oral.” (Scheper Hughes, 1997: 10)

Por su parte, Bourdieu realiza la formulación de lo que denominó *la objetivación participante*, haciendo un juego de palabras con la técnica de la observación participante. Con este concepto el autor pretende señalar la importancia de que el investigador se objete en tanto sujeto de investigación, que implica explicitar, señalar, poner en evidencia aquellos aspectos de su propia vida y trayectoria profesional que hacen a la elección del tema de estudio y que además atraviesan todo el proceso de investigación. Para Bourdieu, en este proceso se juega la posibilidad de una *genuina objetividad científica* (Bourdieu, 2003):

“mis posibilidades de ser objetivo son directamente proporcionales al grado de objetivación de mi propia posición y de los intereses relacionados con esa posición” (Bourdieu, 2003: 161)

La *tarea de objetivación del sujeto de la objetivación* (Bourdieu, 2003) se realiza en tres niveles. En primer lugar, la posición del sujeto en el espacio social global. En este plano interesan su origen y trayectoria, sus pertenencias y adhesiones. En segundo lugar, la posición del sujeto de la investigación en su campo disciplinar. Lo importante aquí son todos aquellos aspectos que dan valor a los capitales y organizan las disputas que se despliegan en ese campo, elementos que para el autor conforman un *inconsciente académico*. Por último, lo que Bourdieu denomina como *la pertenencia al universo escolástico* y se refiere a este nivel como aquel que vincula “la ilusión de la ausencia de la ilusión, del punto de vista puro, absoluto, “desinteresado” (Bourdieu, 2003: 163).

El proceso de autoanálisis que propone el autor es una tarea que excede las posibilidades de los párrafos que siguen pero me interesa señalar, a través de un breve recorrido, cómo mi tema de investigación actual ancla en mis experiencias profesionales en el campo temático de la lucha por la tierra y la vivienda de los sectores más desfavorecidos.

En primer lugar gran parte de mis prácticas pre-profesionales de la Carrera de Trabajo Social transcurrieron en una Asociación Civil dedicada a promover y acompañar procesos de ocupación de tierras y autoconstrucción de viviendas en el Conurbano Bonaerense Sur. Esta experiencia me permitió acceder a un universo de relaciones

y conflictos hasta entonces desconocido. No era el interés temático lo que me había llevado a optar por ese centro de prácticas sino cuestiones más operativas en cuanto a tiempo y distancia, pero luego de casi tres años estaba claramente involucrada con la temática de la lucha por la tierra y la vivienda.

Cuando estaba cursando el último año de la Carrera de Trabajo Social comencé a trabajar como pasante en una Institución Pública del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires que tiene responsabilidad sobre las políticas habitacionales en la Ciudad desde hace más de 40 años. La motivación inicial estaba sesgada por la necesidad de conseguir un empleo, pero además estaba sumamente interesada en conocer cómo intervenía el Estado en las luchas por la tierra y la vivienda pero también qué hacía un trabajador social allí.

Los primeros meses de trabajo resultaron arduos, no “entraba en mi cabeza” lo que ocurría allí entre los funcionarios, los agentes estatales y la gente que se acercaba principalmente solicitando una vivienda. No sólo la vinculación entre áreas del Gobierno de la Ciudad es sumamente estructurada y burocratizada, sino que esta misma dinámica, casi de compartimentos estancos, se reproduce al interior de la propia institución entre Gerencias, Subgerencias y Departamentos, favoreciendo un circuito de trabajo fragmentando, en el cual muchas veces la interacción entre áreas se desarrolla sólo cuando no hay otra opción o incluso para discutir a quién corresponde la responsabilidad de resolución de las problemáticas que diversos sujetos presentan ante la Institución.

Transcurrieron cinco años de trabajo y ya era momento de realizar un cambio. Comencé la búsqueda de un nuevo trabajo y al tiempo encontré dos trabajos de medio tiempo en dos municipios del Conurbano Bonaerense Sur, ambos vinculados a la temática del hábitat y la vivienda.

Un año antes de atravesar el cambio laboral, decidí inscribirme en una maestría centrada en la temática de las Políticas Sociales. Cursé los dos años de la maestría y hacia el final, en el taller de tesis, esboqué un primer proyecto en el que me proponía reflexionar en torno a lo que denominé “la construcción simbólica de los barrios”. Afirmé en ese entonces, que los barrios no sólo se construyen físicamente, sino que en ese período de construcción física de las viviendas también se construyen –y circulan– múltiples sentidos de esa experiencia (expectativas, anhelos, temores, etc.) acerca de los cuales poco dicen y poco toman en consideración los funcionarios a cargo de la formulación e implementación de esta política. Si bien esta propuesta no fue aceptada por la

institución en la cual había cursado la maestría, cuando decidí presentarme al concurso de la beca Conicet, nos pusimos a trabajar en la redacción de un proyecto de tesis con quien entonces dirigía el Ubacyt en el cual participaba hacía varios años y que además fue quién impulsó y acompañó mis primeros pasos en el mundo académico.

Con algunas colegas de ese equipo de investigación veníamos trabajando en la formulación de un escrito en el cual afirmábamos que las intervenciones sociales son inter-versiones, en tanto implican múltiples modos de ver, hacer y decir que se cruzan y entrecruzan permanentemente entre los actores involucrados². Me cautivó la propuesta. Para mí claramente iba en contra de la mirada tecnicista de la política social, que la analiza fragmentada en procesos de formulación, implementación, evaluación y que es propia de las agencias internacionales de crédito.

Realizar este recorrido me permite, reconocer hoy, que no existió para mí la posibilidad de recortar un tema de estudio que no se vinculara con alguno de mis espacios y problemáticas de trabajo. Casi como una obviedad, los posibles interrogantes de estudio se acercaban a recuperar aquellos que surgían de mi práctica cotidiana como trabajadora social situada en una institución estatal y que no eran sólo una inquietud personal sino reflexiones compartidas con compañeros de trabajo.

Hasta aquí hice un breve recorrido casi curricular, pero sé que otros aspectos, vinculados con mi vida personal, inciden en que “la vivienda” implique para mí un campo de estudio que me captura, aunque no los abordaré en este trabajo.

En los párrafos que siguen me iré adentrando en las decisiones vinculadas al trabajo de campo “posible”, una vez definido el universo de análisis.

Entre trabajadora municipal e investigadora: construyendo el campo posible.

En el tramo de unos meses, entre la respuesta positiva a la beca Conicet y el comienzo formal del contrato, aproveché para coordinar con quien entonces era mi directora (en uno de los municipios en los cuales trabajaba) y con mis compañeros de equipo, un diagrama donde pudiéramos seguir trabajando juntos. Con ellos considerábamos que nuestro trabajo cotidiano nos dificultaba escribir y que la práctica de investigación se realizaba alejada de la gestión –“los problemas reales”–. Establecimos el acuerdo

²Estas discusiones devinieron tiempo después en un escrito que publicamos con motivo del coloquio de cierre del Ubacyt: Biopolítica de la producción tecnocientífica: las intervenciones sociales en clave de trabajo inmaterial. El caso del trabajo social. El capítulo se denomina: “Las intervenciones sociales en clave de inter-versiones”. Publicado en *Filosofía Social*. Editorial Mnemosyne. Buenos Aires. Agosto 2011. Fue realizado en co-autoría con: Lic. Ana Candil, Lic. Nancy Morán y la Lic. Paula Negri.

de juntarnos cada 15 días en la oficina con el fin de armar una articulación. Nos imaginábamos que podríamos intercambiar información. Yo podría ir juntando la información de los barrios en los cuales el municipio estaba construyendo viviendas y ellos podrían estar al tanto de congresos, jornadas, publicaciones sobre el tema, entre ellas las mías.

El Estado es sumamente turbulento –tomándole prestado el término a Mario Robirosa³– y un mes después de haber renunciado, renunció la directora y con ella se fueron mis primeros acuerdos para el trabajo de campo. Entré en pánico: ¿Cómo iba a hacer mi trabajo de campo ahora? El acuerdo de seguir asistiendo a la dirección, como becaria y ya no como trabajadora, quedó en suspenso. No me atreví a pedir un nuevo acuerdo en el marco de un momento de cambio institucional.

Transcurrió casi un año desde el comienzo de la beca. El hecho de mantener el contacto con algunos de mis ex compañeros de trabajo –algunos de ellos hoy amigos– me permitió estar al tanto de los acontecimientos ocurridos en la dirección. Comencé entonces a pensar cómo reorganizar mi trabajo de campo.

En este punto me parece sumamente interesante la propuesta de Rosana Guber de pensar el campo como referente empírico, pero también como *una decisión del investigador que abarca ámbitos y actores* (Guber, 2001: 47). El campo implica, para Sabina Frederic, distintas *estrategias de aproximación a los sujetos* de estudio (Frederic, 1998: 89). Además, como señala Rockwell, el campo siempre tiene un toque de imprevisibilidad, lo cual le otorga cierta dificultad a la programación del campo, aunque no lo vuelve inabordable.

Lo primero que se me ocurrió fue hacer una entrevista de prueba con un ex compañero de trabajo con quien me sentía cómoda, ya que habíamos formado parte del mismo equipo durante dos años. La siguiente entrevista también fue con una compañera de trabajo con quien tenía confianza, pero a diferencia del primero, habíamos trabajado menos tiempo juntas. Así fui sumando entrevistas con ex profesionales de la dirección, utilizando como principal herramienta el hecho de conocernos por haber trabajado juntos. Este conocimiento previo habilitó la posibilidad de obtener una respuesta positiva ante el pedido de entrevista.

³Me refiero al trabajo “Turbulencia y Planificación social” cuya autoría comparte con Cardarelli y La Palma. Este libro trabaja sobre lo que se conoce como planificación estratégica. Es de corriente lectura en el campo del Trabajo Social y las políticas sociales y de allí tomo prestada la conceptualización de la realidad social como turbulenta.

El paso siguiente, sobre el cual profundizaré en el próximo apartado, fue definir cómo volver a contactar a habitantes de los barrios construidos por la intervención municipal. Las principales decisiones eran cuál elegir y de qué modo contactarlos.

Este esquema, alejado de lo que en un comienzo había pensado como mi trabajo de campo, me permitió pensarlo de otra manera. Ante un primer momento que sentí como de clausura, en tanto mi propuesta original se había venido abajo, esta reconfiguración me permitió pensar nuevamente que era posible avanzar con el trabajo de campo, reconstruyéndolo. En todo este proceso me preocupaba el paso del tiempo, pensaba que lo estaba “perdiendo” y eso me generaba una presión importante. Necesité que transcurriera casi un año hasta poder avanzar en lo que sentí como mi “primer acercamiento” al trabajo de campo, aunque, claro está, no era el primero.

Sin embargo hoy, *mirando a la distancia*, creo que el paso de este año me era necesario. No sólo porque me permitió comenzar a leer libros y artículos que siempre quise leer, cursar los primeros seminarios de doctorado, sumarme en algunas actividades del equipo e instituto de investigación, sino principalmente porque me permitió comenzar a *mirar* mi tema de estudio desde otro lugar.

El mirar es un *prisma* que el investigador construye a partir de sus diferentes pertenencias y trayectorias, principalmente la disciplinar. Implica un cierto modo de ver la realidad construido históricamente a partir de sus recorridos. Del mismo modo que existe un *mirar*, Cardoso de Olivera conceptualiza lo que sería el *escuchar*. Al igual que el mirar se apoya en un prisma singular, la escucha no es cualquier escucha sino que también arrastra el sesgo de la trayectoria del investigador. Es, para el autor, una escucha sesgada. Y ambas acciones, *mirar* y *escuchar*, son las principales herramientas del *trabajo de campo*, junto con el *escribir*⁴.

Pensar en mi modo de *mirar* y mi modo de *escuchar* me lleva a preguntarme si ambos cambiaron con el paso del tiempo entre mi trabajo en el municipio y mi trabajo como investigadora.

Ahora bien, en este recorrido hacia la conformación de un nuevo *campo*, la distancia es un elemento que incidió en mis primeras decisiones. Si bien el tema de la distancia nunca fue relevante para mí, me parece interesante abrir este interrogante hoy, porque cobran importancia ciertas reflexiones que se disparan a partir de lo que podría denominar como tensiones de la *cercanía–distancia*.

⁴El escribir es otro aspecto que el autor desarrolla en su artículo. Me centraré en el mismo hacia el final de este trabajo.

En este punto me parece interesante la metáfora del *viaje* que utiliza Krotz, así como Clifford, para referirse al *trabajo de campo*. El punto de partida de estas reflexiones son los trabajos de la antropología clásica, los cuales disparan para estos autores la pregunta acerca de cómo pensar el *viaje* en la antropología contemporánea. Si para los primeros antropólogos la etnografía implicaba un viaje a tierras lejanas y desconocidas, cabe preguntarse qué significado cobra este viaje en la actualidad. Algo muy interesante que señala Krotz es que *el viaje no es sólo movimiento en el espacio, es siempre también movimiento en el tiempo* (Krotz, 1991: 52). Una parte de este viaje tiene que ver con el traslado del investigador en el espacio y otras con el traslado en el tiempo, pero siempre con las experiencias personales y la puesta en práctica de herramientas de investigación. En el viaje transcurren muchas “cosas” –angustias, miedos, alegrías, antipatías, etc–. Pero una de las experiencias más importantes es, para Krotz, el *asombro*.

El trabajo de campo, el *ir al campo* a veces implica un volver. Al respecto, Clifford señala que esta diferencia tiene correlatos en la persona del investigador:

“En tanto la etnografía se transforma en un cuaderno de notas del regreso a la tierra natal. (...) “el regreso” puede ser a un lugar nunca conocido personalmente pero al cual ella o él, de un modo ambivalente “pertenecen”. Volver a un campo no será lo mismo que ir a un campo. Están en juego diferentes distancias y afiliaciones subjetivas” (Clifford, 1997: 105)

El trabajo de campo implica entonces para estos autores distintos tipos de desplazamientos: entrar–salir, ir–volver, distancias y cercanías.

Si retomo mis reflexiones sobre el trabajo de campo, puedo decir que en principio existió para mí una distancia temporal. Necesité que transcurriera cierto tiempo – un año– para volver a acercarme a los actores que formaban parte de mi universo de análisis. El primer acercamiento fue con aquellos que me eran justamente más cercanos por el hecho de compartir un universo simbólico similar –trabajador/a social, empleado/a de hábitat social y ex compañero/a de equipo–. En este y en los próximos encuentros me llevé varias sorpresas.

El primer aspecto que me sorprendió fue que *escuchaba* apreciaciones diferentes por parte de colegas con quienes habíamos trabajado día a día en las mismas problemáticas y con la misma gente. Esperaba encontrarme con una similitud en el modo de *mirar*, pero apareció la diferencia y para mí eso fue toda una sorpresa. Si bien trabajábamos juntos –en “la trinchera”, como se dice en la jerga profesional– no todos *mirábamos* lo mismo. El asombro se hizo presente ya en la primera entrevista:

“Hacia el final de la entrevista le pregunté qué pensaba de la localización de las viviendas, quería saber si compartía mi mirada acerca de que el municipio, en las mudanzas, no contempla el origen territorial de las familias que se mudan, qué instituciones utilizan, cómo impacta su mudanza en el nuevo barrio, etc. Diego me dijo que para él la localización de las familias era algo que el municipio contemplaba y respetaba. En algunos casos, como en [nombre del asentamiento] era prácticamente imposible mantener la situación ventajosa de su localización original porque tenían que correrse de la vera del Riachuelo y de ahí nomás cruzaban a capital. Me sorprendió esta opinión, acabo de entregar el trabajo para el seminario de [nombre del profesor] diciendo que prácticamente se mudan familias de una punta a la otra de Avellaneda sin respetar la ubicación original. ” (Nota de campo, entrevista Mayo de 2011)

Algo que llamó mi atención, pero que mi condición de ex trabajadora municipal me permitió comprender, es que la mayoría de los colegas entrevistados expresaron no haberse puesto a pensar tan detalladamente en el trabajo que hacían hasta el momento de la entrevista:

“D: Y mirá... ahora que me lo estas preguntando estoy tomando conciencia que yo casi no leí el Plan Federal así que no... te lo puedo decir desde la práctica o desde lo que me fueron transmitiendo a partir del trato... que sinceramente, fijate vos como es la cuestión, no me puse a leer, el plan no lo leí.

R: Es que uno empieza a trabajar y lo ves en la marcha...

D: Y seguís... y es lo que te transmiten también... es increíble como trabajador social esto de no tomar... y también en el laburo concreto es lo primero que tendrías que hacer, ver qué marco jurídico te está regulando y qué es lo que te están pidiendo para la... para también ver dónde uno está laburando, no, uno empieza a laburar y este...”
(Entrevista 20 de Mayo de 2011)

Las entrevistas con algunos de mis ex compañeros de trabajo son aquellas tareas del trabajo de campo de más fácil resolución. Ahora bien, no por ello han dejado de favorecer reflexiones y aportar elementos a la elucidación de mi tema de estudio.

En la última entrevista que realicé, cuando estábamos terminando nuestra charla, Sandra me dijo: “Natalia ya no trabaja más en el Municipio y me pidió que te diga que quiere que la entrevistes”. Se me hizo evidente mi cambio de posición, quizás yo no lo tenía tan presente pero quienes otrora fueron mis compañeros de trabajo, sí.

Las primeras entrevistas tomaban un gran tiempo en charlas sobre “internas municipales”. Nos íbamos hablando en términos de: ¿Te acordás de fulanito? ¿Sabés qué está haciendo ahora? Hacia las últimas entrevistas esa charla ya me resultaba incómoda y hasta aburrida. Cuando Sandra me hizo esta pregunta me dí cuenta de que ellos, mis ex compañeros de trabajo, me ubican hoy como una colega que está investigando y con quién ellos pueden compartir un punto de vista.

Al comenzar con las entrevistas en el barrio se me hicieron evidentes ciertos modos de *mirar*, contruidos en el campo disciplinar del Trabajo Social, principalmente a partir de algunos señalamientos en mis notas de campo en los cuales registro aspectos de las condiciones materiales de vida de las familias. Mi bagaje previo, el lente construido como trabajadora social, me obliga a *mirar* nuevamente aquello que miraba en mis acercamientos desde el municipio:

“Me parece pertinente dejar registro de quiénes viven en la casa, pero me doy cuenta que por momentos se me cruzan preguntas (como por ejemplo si su pareja es el padre de todos los hijos) que quizás en el entorno municipal podían ser relevantes pero que a los fines de la entrevista no. Quiero decir, noto la miraba afinada bien asistente social, afinada hacia la composición familiar. Por el momento intento no avanzar hacia preguntas irrelevantes y que pueden ser intimidatorias” (Nota de campo, entrevista 22 de septiembre 2011)

Me es difícil *no mirar* si la vivienda está amoblada o no, me es difícil *no mirar* quién es el hijo de quién, de qué trabajan, qué les permite vivir cotidianamente. Toda aquella información que formaba parte de los censos y verificaciones municipales e incluso del informe social. Es cierto que algunos de estos aspectos, como por ejemplo cómo amoblaron su casa, me pueden brindar elementos que den cuenta de sus distintos modos de apropiarse de la nueva vivienda: existe una gran diferencia entre quien se compró el juego de sillones soñado, el que armó su mesa con maderas que juntó de la calle y quien no equipó para nada el comedor pero sí las habitaciones. Y esta diferencia tiene una parte vinculada a las posibilidades materiales pero también a la valoración de los espacios físicos. De todas maneras, mi motivación inicial por mirar estos aspectos – mi casi espontáneo registro de ellos– tiene como punto de partida mi *hábitus* como trabajadora social.

A continuación, me centraré en identificar y reflexionar sobre los *asombros* más significativos que se me presentaron cuando comencé a realizar entrevistas a las familias del barrio.

¿La primera salida al campo?

Con algunas entrevistas realizadas a profesionales, comencé a pensar cómo, cuándo y dónde podría hacer entrevistas con habitantes de barrios contruidos por el municipio. Nuevamente mi elección rondaba sobre territorios ya conocidos: ¿Hacia cuál de los barrios que yo conocía me podría dirigir?

Recuerdo que pensaba que quizás algunos de los habitantes me recordarían de mis tareas anteriores (las de trabajadora social municipal) y accederían a la entrevista. Pero también pensaba que esa podía ser una dificultad, dado que podían no comprender en calidad de qué los contactaba antes (trabajadora municipal) y en calidad de qué los contactaría ahora (investigadora).

Finalmente resolví que Villa Corina sería el barrio en el cual desplegaría mi trabajo de campo. Esta decisión se fundamentó en varios aspectos. En primer lugar, me atrajo la heterogeneidad del lugar en lo que tiene que ver específicamente con los lugares de residencia. Caminando por el barrio uno puede encontrarse con un complejo de torres inmenso, una zona de casillas muy precarias, pasillos y en el medio de todo eso, un conjunto uniforme de 31 dúplex pintados de amarillo. En segundo lugar, porque había tenido contactos muy fluidos con algunos de sus habitantes y consideraba que esto podía facilitar la presentación.

Una vez decidido el barrio, el siguiente paso fue definir cómo entrar. No era para mí una opción ir por mi cuenta a Corina y tocar espontáneamente una puerta.

Una colega, compañera de mi equipo actual de investigación, que se encontraba trabajando en el Envi3n⁵ de Villa Corina, me propuso acompañarme hasta el barrio y me pareció una buena idea. Acordemos un día y yo me dirigí hacia su lugar de trabajo.

El camino de mi casa hacia Avellaneda –*el viaje*– me resultó muy familiar, podría decir que casi automático. Tomar el tren, bajar en la estación, esperar el colectivo, me recordaba el recorrido hasta mi lugar de trabajo tiempo atrás. De hecho es el mismo, sólo que el objetivo de este viaje había cambiado. Clifford expresa que el campo es una *práctica social corporizada* (Clifford, 1997: 72). Gran parte de este campo ya había sido practicado por mí, incorporado, y eso me daba una sensación de familiaridad.

Para mi sorpresa, parte del paisaje que miraba cotidianamente desde el colectivo también había cambiado:

“Cuando bajé en la estación de Avellaneda me di cuenta de la familiaridad que de pronto tenía el recorrido desde la estación a la parada de colectivos: ¡cuántas veces hice ese camino para ir a trabajar! Lo sentía hecho carne, no fue algo racional sino más bien como que mis movimientos empezaron a seguir algo estudiado y por eso de pronto tuve una sensación de familiaridad. Justo llegó un 570 y le envié un mensaje a Carolina contándole que ya estaba en el bondi. En el recorrido, además de pasar por la puerta del Palacio Municipal, lo que más me impactó fue ver el espacio donde estaba el asentamiento [nombre del lugar] casi vacío. Se veía una sola casilla y restos de casillas. (Nota de campo, 9 de Junio de 2011)

⁵El Envi3n es un Programa provincial que surgió en Avellaneda y luego se amplió a la provincia de Buenos Aires y que trabaja con jóvenes de barrios populares.

El recorrido por Villa Corina también tuvo un aire de familiaridad, aunque fue chocante ver vacío el espacio que tan sólo un año atrás ocupaban las familias que hoy habitan el barrio:

“Pasamos por la vereda ya desocupada del Cementerio. Me sorprendió ver que fuera tan angosta ¿Cómo entraban las casas ahí? Ocupando la calle obviamente y súper hacinados. Cruzamos la calle, recordé que ese era el punto de encuentro con los vecinos cuando íbamos a censar”. (Nota de campo, 9 de Junio de 2011)

A partir de allí seguí sola, contactando habitantes del barrio con la técnica que llaman *bola de nieve*. El modo de presentación es algo que me inquietó mucho al comienzo, me preguntaba: ¿Por qué querían darme un tiempo de su vida cotidiana para charlar? Yo me beneficiaba con esto ¿Pero ellos? Hasta el simple gesto de llevar o no galletitas para el mate fue motivo de reflexión. Todo hacía al modo de entablar esa relación, ya diferente de la anterior, pero atravesada por ella. Es decir, ya no era la trabajadora municipal que los iba a censar o “anotar” para una casa, sino una incipiente investigadora con ansias de hacer una tesis.

Todos los encuentros estuvieron mediados por el hecho de habernos conocido en otro momento –hacia poco más de un año atrás– y en otras circunstancias –cuando ellos estaban disputándole al municipio sus viviendas actuales–:

“La segunda casa sobre [nombre de la calle] era la de Oriana, tenía la puerta abierta, se veía que estaba cocinando, lo primero que pensé fue: está ocupada. Había varios chicos de distintas edades y de golpe me acordé que la misma imagen tuve el día del censo hace tres años atrás.” (Notas de campo, entrevista 22 de septiembre de 2011)

“Seguí derecho por [nombre de la calle] y toqué timbre en la que supuse era la casa de Diana. Me abrió la otra puerta y salió, cuando la vi me acordé de ella y creo que ella también porque cuando me acerqué dijo: ah, hola. Le recordé quién era, le dije que me acordaba de ella porque yo había hecho el censo y me dijo que ella también me recordaba.” (Notas de campo, entrevista 22 de septiembre de 2011)

Pero antes de ir por primera vez, la cuestión de cómo presentarme cobró mucha relevancia. A pesar de los innumerables ensayos mentales, hablando conmigo misma, ensayé un primer intento cuando fui al barrio:

“Cuando entramos al pasillo Olga salía de su casa. Nos reconoció y nos saludó, intercambió unas palabras con Carolina porque su nieto está intentando entrar al Enviación de [nombre de la calle]. Le pregunté si se acordaba de mí, me dijo que por supuesto se acordaba, pero me pidió que le recordara mi nombre. Me preguntó qué hacía ahí y le dije que no trabajaba más para el Municipio pero que ahora tenía una beca de estudio y me interesaba poder conocer qué pensaban ellos del lugar donde estaban viviendo. Puso una cara de poco entendimiento y también creo que no registraba que ya no estaba en el Municipio, como si su cara dijera: claro, hace mucho que no te veo cuando voy allá”. (Nota de campo, 9 de Junio de 2011)

Al avanzar con las entrevistas fui ensayando otros modos quizás más sencillos de presentarme. No sé si pude encontrar el discurso acertado, pero la ansiedad de la presentación al menos mermó:

Nos sentamos y lo primero que hice fue explicarle un poco más qué estaba haciendo y por qué estaba ahí. Mientras viajaba se me ocurrió ir más atrás en el tiempo y hacer una suerte de mini cv. Le conté que estudié Trabajo Social y que siempre había laburado en temas de vivienda, que me gustaba estudiar por eso siempre seguí haciéndolo por mi cuenta y que al presentarme a la beca no dudé en proponer para mi tesis algún tema vinculado a las políticas de vivienda. En ese marco, me interesa investigar la mirada de aquellos que hacen en lo cotidiano una política (usé el término cocina) y rescatar la historia que los llevó a estar ahí. (Nota de campo, entrevista 16 de Julio de 2011)

Me es claro hoy que la presentación con los habitantes implicaba varias cosas. En principio explicarles quién soy yo, aclararles que tengo un nuevo rol.

Muchas de mis expectativas, vinculadas a estos encuentros, giraron en torno a otros modos de relacionarse propios del ámbito estatal en el cual participé tiempo atrás: esperaba recibir demandas y quejas acerca de sus nuevas viviendas, principalmente las referidas a desperfectos físicos en la vivienda que recibieron construida por el Estado. Lograr que comprendieran mi nueva situación –becaria– y mi reciente interés por contactarme con ellos –hacer mi tesis– habilitaba o no la posibilidad real de llevar a cabo la entrevista. Al respecto de este tema, la presentación en el trabajo de campo, Rockwell señala:

“La posición que asumimos influye en el modo de acceder a una localidad y en la forma de presentar el estudio. La vía de entrada marca la experiencia de campo y debe pensarse con cuidado (...) Las posibilidades dependen de nuestra capacidad de explicitar ante los habitantes de la localidad quiénes somos y qué sentido tiene el trabajo que emprendemos.” (Rockwell, 2009: 54 y 56)

Poder repensar estas primeras dudas y temores me permite comprender hoy el valor de la *presentación del self* en el trabajo de campo. No sólo eran temores vinculados a inseguridades personales sino también temores vinculados a lo que se ponía en juego: la posibilidad de entablar una nueva relación con aquellos con quienes me había vinculado en otra coyuntura y con otros objetivos tiempo atrás.

En estas primeras experiencias de acercamiento, “la reflexividad adopta la forma de la perplejidad” expresa Rosana Guber (Guber, 2001: 51). Meses después de la primera entrevista, el encuentro con un joven del barrio provocó que pusiera en juego el arsenal completo de mis modos de *mirar* y mis disposiciones adquiridas –mi *hábitus*–. En el

encuentro, con la “excusa” de la entrevista mediando, se ponen en juego imaginarios acerca de quién es el otro en el mundo social. Un imaginario producto de las singulares experiencias de vida en la ciudad y de las posiciones relativas en el campo social. En este sentido, Rockwell trae las siguientes preguntas:

“todos intentan adivinar la intención de la visita, la ubicación profesional, laboral, social y política de quién llega a pedir permiso para notar, mirar, preguntar y sobre todo, escribir. ¿Cómo se nos percibe en esas situaciones? (...) ¿Cómo nos imaginamos que nos ven? (Rockwell, año: 53)

En el encuentro con Darío, se desplegaron entre nosotros imaginarios encontrados. Por un lado, yo me hice una representación de quién sería él, así como él acerca de quién era yo, sólo que él lo manifestó y yo lo dejé reservado para mí, hasta con cierta vergüenza. Por suerte hacia el final de la jornada ocurrió algo inesperado, se matizó para mí el imaginario acerca de quién era él y se volvió un encuentro teñido por la perplejidad:

“Un chico entró a comprar pan, parecía de unos 17 años. Yo estaba sentada cerca de la caja donde guardaban los panes, así que pasó por atrás de mi silla. Tenía una campera de fútbol y la capucha en la cabeza. Me jugó mi estructura clase media y pensé: ¿Está mirando mi grabador? ¿Y si me sigue cuando voy a tomar el colectivo? Hablaba con todos, se notaba que era súper habitué de la casa, pedía que le fien pan y ellos le hacían bromas (...) El mismo chico que entró un rato atrás a pedir pan, entró nuevamente y se sentó cuando les estaba preguntando a quién pensaba que podía entrevistar. Me preguntó: ¿Sos asistente social? ¿Estás censando para el Envión o algo así? Le expliqué que sí, que era trabajadora social pero que estoy estudiando y haciendo entrevistas para una investigación. Entonces él se sumó a mi pregunta anterior y me dijo: entrevistá a mi mamá. (...) Dado que Delia no estaba se me ocurrió pedirle a Darío que me acompañara a la parada de colectivos y accedió, charlamos en el camino (...) Me subí al colectivo sorprendida por lo macanudo que es Darío y el contraste con la primer impresión en la casa de Oriana. Bien prejuiciosa de mi parte en un primer momento, no podía creer como en un lapso de tiempo tan breve mi impresión de él hubiese cambiado.” (Notas de campo, entrevista 22 de septiembre 2011)

Días antes había entrevistado a Cristina. Cuando la conocí en el municipio, cuatro años atrás, ella encabezaba un grupo de mujeres que exigían el otorgamiento de las viviendas que estaban construyendo en Villa Corina. Los encuentros con ella fueron de mucha tensión. En las negociaciones Cristina siempre hablaba enfurecida, abriendo bien grande los ojos. En aquellos días no escatimaba en amenazas para lograr ser atendida por la entonces directora. El año pasado la contacté para la entrevista y, para mi sorpresa, aceptó sin problemas ni condiciones. La jornada con ella también estuvo atravesada por la *perplejidad*. La charla con ella, especialmente la que transcurrió caminando hacia la parada del colectivo, me permitió conocer otra faceta de su personalidad, que me era inaccesible como trabajadora municipal. Después de unas horas juntas, ya sin el

grabador mediando, me contó como la mudanza le permitió tener autonomía de quien había sido hasta entonces su pareja:

“Me quedé pensando en las dos Cristinas que podía ver: la que hablaba casi gritando durante la entrevista y abría los ojos al hablar de alguna situación en la cual ella peleaba y exigía y en la Cristina que transitó con mucha dificultad la separación del hombre con el que estuvo 40 años, porque cuando me contaba esto mostraba una fragilidad increíble, era como si no registrara lo fuerte que se muestra ante los demás y lo fuerte que evidentemente pudo ser durante todo el proceso de adjudicación de la vivienda.” (Nota de campo, entrevista 18 de agosto de 2011)

Si bien en cada situación de entrevista se despliega el conocimiento previo que tenemos mutuamente, estas dos situaciones fueron muy significativas para mí, quizás porque allí se hicieron más evidentes los quiebres entre quién pensaba qué eran y quién pienso que son después de haber transcurrido el encuentro. En el trabajo de campo no sólo se despliegan los conocimientos aprehendidos en el campo disciplinar, sino también todas las otras disposiciones adquiridas hasta entonces y que exceden el plano de lo académico, dado que se vinculan con nuestras trayectorias personales en otros aspectos de nuestras vidas, más allá de lo académico.

Al respecto, Rosana Guber señala que el investigador no sólo se acerca al campo con conocimientos teóricos, sino también con todo el bagaje ligado a sus pensamientos y modos de acción más íntimos. En la vinculación con aquellos otros que forman parte del campo, la propia subjetividad deja de operar por cuenta propia:

“A partir de la iniciación de la relación de campo, la reflexividad de cada una de las partes deja de operar independientemente, y esto ocurre por más que cada uno lleve consigo su propio mundo social y su condicionamiento histórico (...) la reflexividad en el trabajo de campo es el proceso de interacción, diferenciación y reciprocidad entre la reflexividad del sujeto cognoscente–sentido común, teoría, modelo explicativo de conexiones tendenciales–y la de los actores o sujetos/objetos de investigación (...) su propia subjetividad al contrastarse con la de los sujetos que estudia, se re–significa y encuentra un nuevo lugar” (GUBER, 1991: 49–50)

En el trabajo de campo se despliegan *roles* entre todos los sujetos que forman parte del universo de análisis. Desde las perspectiva de Sabina Frederic, estos roles se adjudican, se atribuyen y modifican entre los sujetos, pero además según las variaciones en el tiempo y el espacio. Asimismo, habilitan la predicción mutua de las acciones aunque están en constante tensión:

“Esta tensión entre lo que los informantes piensan o desean que el investigador sea y lo que el investigador quiere ser, produciría la creación y recreación de universos de significado por efecto de esa negociación del rol inscripta en el trabajo de campo” (FREDERIC, 1998: 95).

Con el transcurrir de las primeras entrevistas, junto con este gran tema de los imaginarios cruzados, dí un salto más y comencé a pensar en el efecto de mi presencia y de la situación de entrevista en ellos ¿Cómo los afectaba ese rato de charla que giraba en relación a sus vidas? Cada compromiso de entrevista implicaba –e implica hoy– el despliegue de expectativas mutuas. De mi lado, recuerdo la primera impresión de ellos, aquella que se formó cuando se acercaban a hablar al municipio o nos encontrábamos en algún punto del barrio para “censarlos” o “hacer alguna asamblea juntos”. Del lado de los entrevistados, pude registrar algunos indicios de sus propias expectativas:

“Llegamos a la casa y su mujer, Tatiana, estaba saliendo con su hijo menor, Tiago, a comprar. Tiago me dijo algo que no entendí y Diego me contó que Tatiana se había intoxicado mezclando lavandina con otro líquido mientras limpiaba. Al finalizar la entrevista, cuando estábamos charlando más distendidas, ya cerrando, Tatiana me cuenta que quería limpiar bien la casa porque le gusta que la casa esté limpia cuando llegan visitas. Durante la entrevista le costaba hablar y a medida que transcurrió la charla se la escuchaba mejor. Se me ocurrió recomendarle el consejo que alguna vez escuché de tomar leche sola. También le dije que se hiciera una escapada a la salita de seguir así.” (Nota de campo, entrevista 16 de Julio de 2011)

Esta nota del trabajo de campo me permitió aproximarme a la reflexión acerca *del alcance de mi intrusión en el espacio doméstico de mis anfitriones* como plantea Pablo Wright (Wright, 1998: 10). En principio el disparador fue el modo de actuar de Tatiana, limpiando su casa probablemente porque venía “la asistente social”.

Otra entrevista, en cambio, me permitió avanzar hacia la elucidación de los *efectos del encuentro en los sujetos*, aquel que se produce en el marco de la entrevista. En particular, el efecto sobre los sujetos entrevistados dado que, a partir de las preguntas que realiza el investigador, ellos construyen un relato acerca de sus vidas y esto implica muchas veces volver a transitar por situaciones que la familia afrontó con mucha dificultad.

En una de las entrevistas, al despedirme, les agradecí por haberme brindado un tiempo para hablar conmigo y una de las entrevistadas me sorprendió con su respuesta:

“Me despedí y les agradecí por prestarme su tiempo. Natalia dijo algo así como: “estuvo bueno porque nos hiciste pensar, nunca le habíamos contado a nadie esto”. (Nota de campo, entrevista 29 de Octubre de 2011).

No era sólo tiempo lo que me brindaron, sino el relato de toda su situación previa a la mudanza, sumamente dolorosa. Luego de la entrevista, en la que participaron casi todos los integrantes de la familia, Natalia cayó en la cuenta y comentó en voz alta que nunca habían vuelto sobre esos hechos. Incluso luego de ese comentario Diana, su mamá, me dijo: “nunca nos pusimos a pensar sobre lo que pasó, simplemente seguimos”.

En el transcurrir de las primeras entrevistas con habitantes del barrio, creo que la mayor sorpresa tuvo que ver con algunas intervenciones de los entrevistados que interpelaban mi trabajo, quizás porque no me las esperaba en absoluto. En algunos casos utilizaron términos propios del mundo académico y fue mayor mi desconcierto:

“Llegó un hombre y se presentó, era Juan. Me miró extrañado y dejé que Darío explicara quién era: “es la chica que estaba en el Municipio cuando nos dieron las casas. Está haciendo unas encuestas”. Me miró con cara de no entender nada y con cierta desconfianza, esto me inquietó, me puse tensa, pero tomé aire y empecé a explicarle. Me di cuenta que él rápidamente registró mi calidad de antigua empleada municipal y empezó a hablarme como par. (...)Le aclaré a Juan que nunca había sido empleada de planta municipal, sino más bien monotributista a partir de un acuerdo entre la facultad y el municipio. Esto nos llevó nuevamente al tema de la beca, la tesis y las entrevistas. Lo interesante de la charla con Juan era que yo sentí que entendía mi trabajo y entonces me preguntó: ¿A qué conclusiones estás arribando? Yo le respondí: todavía no tengo conclusiones. Él se exaltó y replicó: ¿Cómo que no? ¿Algunos supuestos sobre todo esto debes tener? Me tomó desprevenida, no me lo esperaba, entonces comencé a explicarle que buscaba hacer un relato de la política social como no se cuenta habitualmente, desde los actores que interactúan cotidianamente, etc....” (Notas de campo, entrevista 29 de octubre de 2011)

En otra entrevista, Diana no utilizó términos académicos para interpelarme, pero sí preguntó algo muy básico que me asombró porque avanzó hacia el plano de lo privado y esta práctica no forma parte de las prácticas esperadas en la vinculación entrevistador-entrevistado⁶:

“Me invitó a pasar y charlamos un poquito más. Me preguntó sobre lo que yo hacía ahora, me hizo una pregunta que me llamó mucho la atención: ¡Qué lindo esto que hacés! ¿A vos te gusta?” (Notas de campo, entrevista 22 de Septiembre de 2011)

Las relaciones que se tejen en el encuentro con los “otros” del trabajo de campo, para Rosaldo, aún hoy aparecen teñidas de cierto exotismo, y entonces quizás sorprende al investigador que los sujetos interactúen utilizando sus propios códigos:

“la ficción de los compartimentos culturales está desgastada. Los llamados “nativos” no habitan un mundo completamente separado del mundo donde “viven” los etnógrafos. Cuando jugamos a “etnógrafos y nativos” es aún más difícil predecir quien usará el taparrabos y quién tendrá el lápiz y el papel.” (Rosaldo, 1991: 65).

⁶ Al respecto, Cardoso de Olivera reflexiona acerca de la vinculación entre investigador y sujetos investigados. El autor hace un juego de nominaciones que implican diferentes modos de comprender esta relación. Así, el pasaje del investigador-informante hacia el etnógrafo-nativo conlleva una transformación en el modo de relacionarse entre ambos. El etnógrafo y el nativo “se abren a un diálogo en todo y por todo superior a la antigua relación investigador-informante (...) el investigador tendría la habilidad de escuchar al nativo y ser igualmente escuchado por él, iniciando un diálogo teóricamente de iguales, sin miedo de estar contaminando el discurso del nativo con elementos del propio discurso” (Cardoso de Olivera, 2003: 7).

Mi sorpresa ante esas intervenciones tiene que ver con algo de esto ¿No era yo la que usaba la lapicera, preguntaba y tomaba nota? Resulta que a alguien más le puede resultar interesante que disfrute esto que hago además de a mí y las personas más cercanas en mi vida cotidiana. Rosaldo utiliza en su libro, a partir de estas reflexiones, el término de *etnógrafo-nativo* justamente para dar cuenta de la arbitrariedad de la división y que su posición tiende a mezclar estos roles y las personas que supuestamente los detentan.

En los párrafos que siguen intentaré presentar breves e incipientes reflexiones acerca del encuentro con algunos funcionarios públicos, es decir, con otro grupo de actores de mi universo de análisis.

La ¿vuelta? al Municipio

Meses después, en unas jornadas de la Universidad de Avellaneda, presencié la disertación de un ex funcionario municipal. No había sido mi jefe, porque su gestión había terminado unos meses antes.

Amigas en común facilitaron el contacto para la entrevista. Para ese entonces yo estaba intentando llegar a él a través de una de las profesionales entrevistadas. Ciertos vínculos previos facilitaron mi llegada a él y esta fue mi primera entrevista con un funcionario público.

Así como en ocasión de las entrevistas a profesionales –ex compañeros de trabajo– las principales reflexiones tuvieron que ver con aquellos aspectos de la intervención social en los cuales disentíamos, la entrevista con este funcionario me permitió *escuchar* explicaciones que no había recibido hasta ese momento. Lo que para mí – como trabajadora municipal– era una lógica errática de construcción de la ciudad, intervenciones aisladas de construcción de vivienda en terrenos que el municipio iba identificando, comprando o consiguiendo de alguna forma, tuvo, en algún momento, un hilo conductor –al menos en el relato del entrevistado–:

“Los barrios con los que había trabajado y que pensaba como intervenciones fragmentadas, Ignacio las situaba como parte de un plan estratégico Avellaneda 2020. (...) Cuando volvía pensé en lo esclarecedora que había sido esta entrevista, en el sentido de que me aportó información que como trabajadora municipal no tenía acceso. En un punto me ayuda a comprender en qué trama de relaciones estaba y estoy inscripta. Lo bueno fue que de alguna manera le señalé esto mientras le preguntaba, le dije que nuestra intervención tipo era salir corriendo atrás de demandas y enterándonos en el momento de la existencia de proyectos”. (Nota de campo, entrevista

a Ignacio 29 de febrero de 2012)

Considero que este es un nuevo momento del trabajo de campo, aquel que puede ser una *vuelta* al municipio, en tanto implica dialogar con los sujetos que tuvieron y quizás tienen actualmente incidencia en las decisiones políticas y/o las intervenciones cotidianas en los barrios. Aunque quizás esta *vuelta* pueda ser cuestionada, dado que hoy no considero estar volviendo, sería más pertinente señalar que nunca me fui. Si bien mi participación como trabajadora municipal finalizó junto con mi vinculación laboral, esas experiencias fueron los disparadores de mis primeras reflexiones como becaria. Mis primeros insumos de trabajo, que contribuyeron a construir modos de *mirar* y *escuchar*, son el producto de esos dos años de trabajo.

En este punto vuelvo a pensar en el tiempo transcurrido y la distancia. Un año es el tiempo que transcurrió hasta concretar las primeras entrevistas, más tiempo transcurrió para comenzar el trabajo de campo con otros sujetos, los funcionarios estatales.

¿Para quién escribo?

Un punto importante de tensión en este momento de mi investigación es la pregunta acerca de *¿Para quién escribo?*

Hace un par de años atrás, escribíamos con una colega amiga un artículo que llamamos “¿Producción de conocimientos? ¿Para quién?”. El planteo no era ni más ni menos dejar planteada la tensión de qué ocurre con lo que escribimos ¿Queda como mero producto mercantil para circular en espacios de consumo académico o puede tener además alguna utilidad social para los sujetos implicados en la producción de conocimiento –aunque no académicamente–?

Muchas tensiones se desprenden del *escribir*.

En primer lugar, *escribir* implica para mí la tarea más difícil dentro de mi incursión en la investigación, quizás porque en mi caja de herramientas de Trabajo Social esta tarea no es la más desarrollada. De todos modos, más allá del bagaje que potencia y limita la formación en Trabajo Social, resulta complejo poner en palabras las experiencias y los pensamientos, acortar la distancia entre lo que vivimos, pensamos y escribimos.

El acto de *escribir* es para Cardoso de Olivera, el último paso en el trabajo de campo. En la investigación, el *mirar* y el *escuchar* corresponden a un primer momento de este trabajo mientras que el momento de *escribir* les sucede. Además este *escribir* está

destinado a un entorno académico, a los pares disciplinares o, como dice el autor, la *comunidad de pares*. Sin embargo mi experiencia, hasta el momento, me lleva a pensar que estas prácticas –*mirar, escuchar y escribir*– van juntas y se producen tensiones en los modos de practicar cada una de ellas mientras se sucede la investigación como un todo, *estando allí y estando acá*. En esta línea, Ghasarian, en la introducción del libro “De la etnografía a la antropología reflexiva” plantea que la etnografía es un proceso en el cual no deben considerarse por separado los temas, la metodología, el análisis de datos y la escritura. No son etapas en el tiempo donde “se va al campo”, “se recolectan datos”, “se analizan” y “se escribe”, sino que todo es parte de un proceso permanente de ida y vuelta entre la práctica y la reflexión:

“La etnografía crítica, consciente de que existe una anterioridad y una exterioridad respecto del campo, ya no quiere separar el campo de la interpretación antropológica” (Ghasarian, 2008: 21)

Así como en la construcción del campo, en el encuentro con los interlocutores se presentaron y se presentan múltiples tensiones, también se presentan en relación con el ejercicio permanente de *escribir* mi propio relato.

Cuando entregué mi primer trabajo para un seminario de doctorado, recibí como devolución del docente la exigencia de aclarar el origen de los datos que mencionaba y explicar cada una de mis afirmaciones. Lo cierto es que el trabajo se apoyaba en los datos que tenía de mi inserción como trabajadora. Sin embargo, su exigencia de fundamentar datos me obligó a explicar aquello que para mí era evidente, no sólo en qué datos fundamentaba mis conclusiones sino qué significaban innumerables términos nativos que mencionaba –como el de “referentes”–. Estaba quizás todavía muy *cerca* de la realidad cotidiana de trabajo. Para mí era realmente obvio todo lo que explicitaba.

En el capítulo I del “antropólogo como autor”, Geertz interpela la práctica antropológica de la escritura: ¿Quién escribe? ¿Cómo lo hace? ¿Cómo se construye este autor? Geertz considera que el autor, como función, se hace presente en el texto a partir de la construcción de una *identidad textual* –una *firma*– y un modo concreto de contar las cosas –un *vocabulario*– (Geertz, 1989), y estas cuestiones que hacen a la identidad del autor, que se hace presente en el texto, es un reto muy complejo:

“El problema de la firma, tal como el etnógrafo tiene que afrontarlo, o tal como se enfrenta con el etnógrafo, exige a la vez la actitud olímpica del físico no autorial y la soberana autoconciencia del novelista hiper-autorial, sin permitir caer en ninguno de los dos extremos.” (Geertz, 1989: 20)

En este punto me parece importante considerar que el *escribir* implica tomar decisiones: ¿Cómo aparece mi propia voz? ¿Cómo aparecen las múltiples voces de ese universo de análisis? Geertz señala que necesariamente *escuchamos ciertas voces e ignoramos otras*. Ghasarian redobla la apuesta y trae no sólo la cuestión de cómo hablamos acerca de esos otros sino que al hacerlo también los construimos.

¿Qué historia voy a contar entonces? ¿Qué status van a tener los sujetos en ella? ¿De qué manera aparece mi voz y la de ellos?

La respuesta a estas preguntas se vincula, para Ghasarian, con el descubrimiento de la propia *sensibilidad* teórica. (Ghasarian, 2008).

Reflexiones finales

La escritura de este trabajo implicó un gran esfuerzo y desafío. La propuesta del seminario acerca de reflexionar sobre el lugar del investigador en la investigación coincidió con la realización de las primeras entrevistas, tanto a profesionales como a vecinos. Finalmente entre ambas experiencias –seminario y campo– decidí tender puentes.

En consecuencia, intenté en estas líneas recuperar algunas de las reflexiones que fueron surgiendo a partir de los hechos que transcurrían en ambos espacios y que quedaban plasmados en mis apuntes de clase o en mis notas de campo de camino a casa.

Hoy sigo con mi trabajo de campo, pero si miro hacia atrás, veo cierta continuidad entre caminos que parecía que no se cruzaban: la formación profesional, las primeras experiencias laborales, mi incursión en la investigación.

Por otra parte, puedo afirmar que no existe algo así como “mi trabajo de campo” o “mi campo”, situado geográficamente e históricamente en un único lugar. Creo que hubo y hay aún hoy, tantos campos como campos me fueron posibles construir, de acuerdo a las circunstancias que se fueron presentando, y los re-acomodamientos que pude armar. Rosana Guber nos dice que todo lo que implica hacer el trabajo de campo es personal. Más que una práctica en el espacio, se trata de una construcción que va articulando actores y contextos en el transcurso del tiempo. Creo que intenté establecer un campo posible, no sólo aquel viable institucionalmente o incluso éticamente, sino también aquel que puedo sostener.

En este campo se construyen y reconstruyen relaciones que en principio vienen teñidas por la distinción entre etnógrafo e informantes o etnógrafos y nativos. Rosaldo es uno de los autores que reflexiona acerca de esta relación y se esfuerza por de-

construirla. Para él, el análisis social es siempre *una forma relacional de conocimiento* (Rosaldo, 1991: 233). El investigador social no es una página en blanco sino un *sujeto posicionado* y los sujetos con quienes trabajan también son *analizadores, cuyas percepciones deben ser tomadas en cuenta tan seriamente como las nuestras*. (Rosaldo, 1991: 233). Este posicionamiento implica un punto en la trayectoria del investigador que se produce y reproduce permanentemente: “Los etnógrafos tienen un cuerpo que siempre está situado en alguna parte” (Wright, 1998: 13). ¿Cómo negar entonces que estemos allí con las inquietudes académicas pero también con nuestro cuerpo atravesado, formado por los recorridos previos y que, luego de los encuentros de campo, incorpore nuevos elementos, que quizás modifiquen y/o amplíen nuestros modos de mirar, escuchar y decir? Creo que este es el gran aprendizaje que puedo desprender hoy de mi incipiente recorrido.

Bibliografía citada:

- BOURDIEU, Pierre. 2003. Participant objectivation. (pp. 281-294). The Journal of the Royal Anthropological Institute. Vol. 9, Nro. 2. UK.
- BOURDIEU Pierre. 2003. El oficio del científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad. Anagrama. Barcelona.
- CARDOSO DE OLIVEIRA, Roberto. 2003. El trabajo del antropólogo: mirar, escuchar, escribir. Unicamp.
- CLIFFORD, James. 1999 (1997). *Itinerarios transculturales*. Gedisa. Barcelona.
- Ghasarian, Christian. 2008. « Por lo caminos de la etnografía reflexiva » en Ghasarian, Christian et. al. De la etnografía a la antropología reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas. Serie antropológica. Ediciones del Sol. Buenos Aires.
- GEERTZ, Clifford. 1989 (1987). El antropólogo como autor. Paidós. Barcelona.
- GUBER Rosana. 1991. Cap. 1: El trabajo de campo etnográfico: trayectorias y perspectivas (pp. 16 a 27). Prólogo a la segunda edición (pp. 1 y 2); Presentación (pp. 5 y 6); Cap. 3: El enfoque antropológico (pp. 67 a 83); Cap. 4: El trabajo de campo como instancia reflexiva del conocimiento (pp. 83 a 99); Cap. 5: ¿Adonde y con quienes? Preliminares y reformulaciones de la delimitación del campo (pp. 99 a 127). En: *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Paidós. Buenos Aires.
- GUBER, Rosana. 2001. Cap. 1: Una breve historia del trabajo de campo etnográfico (pp. 23 a 40). En: *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma. Colombia.
- KROTZ, Esteban. 1991. Viaje, trabajo de campo y conocimiento antropológico. Revista Alteridades 1 (1): 50-57.
- ROCKWELL Elsie. 2009. La experiencia etnográfica. Historia y cultura en los procesos educativos (Cap. 2: Reflexiones sobre el trabajo etnográfico). Paidós. Voces de la Educación. México.
- ROSALDO, Renato. 1991. Cultura y otredad. Nueva propuesta de análisis social. Grijalbo. México.

-Scheper HUGHES, Nancy. 1997. La muerte sin llanto. Ariel. Barcelona.

-WRIGHT, Pablo. 1998. Cuerpos y espacios plurales. Sobre la razón espacial de la práctica etnográfica. Serie Antropología. Departamento de Antropología. Universidade de Brasilia. Brasilia.

Bibliografía consultada:

-CABRERA, Paula. 2000. Volver a los caminos andados. En: www.antropologiadelasubjetividad.com

-WACQUANT, Loic. 2006. *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Siglo XXI Editores. Argentina.